



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 24 DE ABRIL DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Sortilegios e Impostores

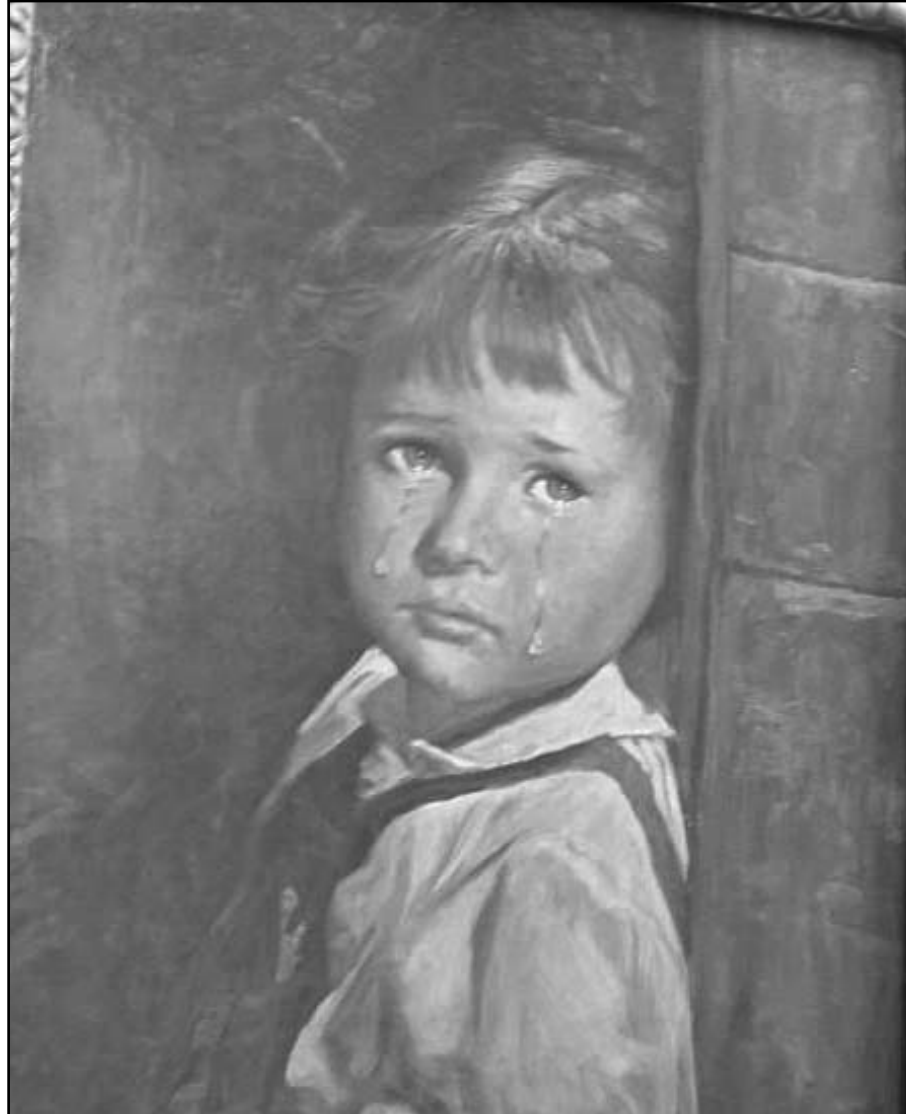
CAPULLO DE PIEL

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Uno de los recuerdos más tempranos de mi vida es en el que estoy sentado sobre el piso, en los escalones de la entrada a casa de mis padres, junto al ventanal que mira hacia afuera, a la cochera de tierra, sin cemento. Debía tener algunos tres o cuatro años y posiblemente estaba llorando. Sí. Esperaba a que llegara mi Madre, quien eventualmente arribaría, viniendo de la universidad donde enseñaba, en su antiguo Volkswagen color crema, un Beatle viejo, anticuado respecto al modelo moderno que ahora es tan popular y relativamente caro en nuestro país. Aquel, de la década de 1970, era el más barato en el mercado. Mientras tanto, la joven que preparaba la comida y ayudaba con la limpieza de la casa, algo hizo que me solté a llorar. No tengo idea qué, exactamente. "Anda, vete a chillar a la puerta de entrada a esperar a tu mamita", me dijo. Y mi Madre no llegaba, y yo ahí estaba sentado, con las manos sobre las piernas, esperando desconsolado, llorando como presa fácil que, poco a poco, es rodeada por la jauría de lobos que se acercan, acechando su alimento. En algún momento, mi Madre debió arribar y yo salí corriendo a recibirla. Y un día, muchos años después, tendría el coraje para convertirme en el arponero capaz de devorar al lobo, en el marinero que busca en cada puerto nunca más quedarse solo.

Ahora veo con claridad la capa plateada detrás del espejo, como el reflejo de mis canas al mirarme en su cristal. Otro de los recuerdos más agradables, junto a la llegada de mi Madre a casa, era el arribo de mi Padre. Eso ocurría luego de la comida. Venía del trabajo en una combi amarilla cuyo sonido yo reconocía desde el recibidor de la casa, donde miraba en el televisor un programa de caricaturas, y en el que los comerciales anunciaban panes dulces para la niñez. Comida considerada hoy en día, como chatarra, pero que era el motivo por el que yo corría afuera, a pedirle a mi Padre, antes de que descendiera de la combi, que me llevara a la tienda a comprar unas donas con azúcar. Cosa que él hacía sin dudar. Con gusto, sembrando la confianza que habría yo de ofrecer, como adulto, a mis amistades, a mis parejas. Abriendo el corazón, prometiendo que siempre habría de regresar a casa. Cumpliendo hasta que un día perdí la razón. Hasta que me sentí, una vez más, bajo la oscuridad de un cuarto solitario. Escuchando los golpes de piedras y mazos sobre las paredes que se desmoronaban: la amenaza del asesino que asedia tras la ventana, obligándome, en un temeroso rincón, a quedarme quieto y no salir. Y yo pedía al homicida que no me abandonara. Que se mantuviera fuera hasta la llegada del amanecer.

Porque la vida, tarde o temprano, finalmente nos enseña a confundir el cielo y el infierno. Pasamos el tiempo buscando sin cesar, para encontrarnos siempre con los mismos miedos. Hasta que descubrimos que, bajo las heridas de siempre y sus cicatrices secas, también



corre sangre, viva como el fuego, eterna como el hielo de un planeta muy distante. Pero es la misma sangre inocente de la infancia, la que nos ayudó a aprender a caminar, y luego nos enseñó a volar: como Ícaro, para luego caer hasta hundirnos, y luego flotar en la inmensidad del mar.

Pero no hay nada, absolutamente nada, que dure eternamente. Eso se lee en el subsuelo de barro del cual venimos. Ni siquiera el amor, dicen los mediocres que jamás han amado. ¿Perdurará? Los fornicadores de las verdades se preguntan: ¿La vida con los ojos cerrados, siempre ha sido sencilla de vivir? Quizás, con la correspondiente carga mediocre que suele llevarse sobre los hombros, la respuesta siempre será afirmativa. Pero, para otros, la vastedad del mediocre no es tan mala, sino lo óptimo. Sobre todo, cuando no se tiene nada en la vida, cuando no se cuenta con nada en posesión espiritual, ni en ensoñación, nada por lo cual luchar.

Entonces, mi padre me recuerda una idea del escritor Ruyard Kipling: El éxito, como el fracaso, deben tratarse por lo que son: Dos impostores: La máscara que esconde la realidad.

Control. Felicidad. Una vez más la humillación del humillado y el correo negro de la saliva. A lo largo del camino abierto, viene un escalofrío. Luego, el orgasmo. El café de la mañana y el vuelo celestino de vista de pájaro. Una melodía repetitiva que se ha cansado de sí misma. ¡Pum! A lo largo del conducto auditivo. ¡Pum! Idioteces de idiotas. ¡Pum! Una

octava de distancia entre dos notas musicales. La palabrería de las gotas de agua que caen, una seguida de la otra, en el resumidero. Entones... de pronto... ¡Pum! La máscara y el fruto: la almendra cubierta de piel humana.

SORTILEGIO POR LAS ROSAS
OLGA DE LEÓN G.

- Las rosas más hermosas, solo en los jardines cuidados por don Simón, puede usted mirarlas.

Decía la mujer de mediana edad a otra que, pasando por la acera, se detuvo a saludarla mientras regaba sus plantas.

- Entonces, don Simón, ¿cuida de su jardín, doña Rosita?

- ¡Claro!, hija, si no, cómo las tendría yo sola, con tanto que hacer y tantos años y cansancio que ya cargo sobre mis espaldas.

- ¡Ay!, pero si a usted ni las canas se le ven, ni casi tiene arrugas... Para vieja y cansada la que vive enfrente: mi patrona.

- Muchacha no digas esas cosas, sé agradecida con quien te da trabajo y te trata bien...

A la semana de esta conversación, se supo que don Simón ya no volvería a ser el jardinero de la colonia, ni de los parques que el buen hombre cuidaba desde hacía cuatro décadas: el buen jardinero había fallecido la madrugada anterior.

- Y, ¿de qué murió?, preguntó doña Rosita a la mujer de Simón, cuando esta pasó a cobrar lo que algunos vecinos le debían por su trabajo. - No sabemos bien a bien, solo se embriagó un día de tanto oler las rosas y por la noche se quedó

dormido y ya no despertó a la mañana siguiente. Toda su ropa de trabajo y la de dormir y hasta las sábanas de la cama, olían a rosas... y él amaneció no con el rictus de la muerte dibujado en su rostro, sino con una sonrisa: realmente de sortilegio.

A partir de ese año, una semana después de que murió y la misma semana segunda de cada mes subsecuente, los rosales de la colonia y los jardines donde muchos años trabajó don Simón, amanecían podados, regados y con sus rosas hermosas como cuando él vivía. ¿Sería acaso, el espíritu del buen jardinero?

TRÁTALOS COMO A ESPEJISMOS
OLGA DE LEÓN

Si conoces el poema If ("Si") de Rudyard Kipling, y puedes leerlo una y otra y otras muchas veces, hasta casi aprenderlo de memoria, sin que te sientas ni demasiado pequeño ni demasiado grande...

Si puedes penetrar con todo tu corazón y mente hasta la médula del sentimiento que despiertan en ti tus mejores sueños, sin que ellos te dominen, antes bien que tú los arropes, los transformes y hasta los abandones, si ellos te encadenan al pasado, al presente o a un futuro absolutamente incierto...

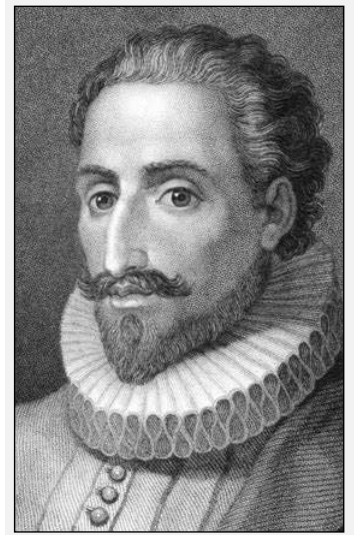
Si viéndote joven ante tus mejores anhelos, te sientes viejo cuando pasas ante el espejo, no te fastidies la noche y duerme como si fueras un condenado a vivir dormido, pero despierta en cuanto sientas que la parca te jala las sábanas, que aún no es tu tiempo: ni de partir ni de claudicar a lo que te llegará tarde o temprano.

Si recuerdas quién eres, de dónde saliste y hacia dónde te diriges, y no pierdes el rumbo por el canto dulce de las sirenas griegas, que no te aman a ti sino a lo que de ti quieren.

Si cuando sueñas te sientes confiado; tanto como cuando piensas y trabajas en tus proyectos, por pequeños que estos les parezcan a otros: lo que no deberá detenerte ni desmotivar, antes bien te impulsa a seguir adelante. Como que lo imposible no está fuera de tu alcance, sino en la mirada llena de envidia de quienes saben de lo que eres capaz: convertir en ficción una historia y crear historias con las vivencias propias o ajenas.

Si ves el abismo y tu pasión no pretende imponerse la prueba de vencerlo, lanzándote hacia él confiado en tus alas y tu plumaje, sino antes bien, adviertes a otros del peligro y los ayudas a cruzar el pantano no como un ángel o demonio, sino como simple y llano humano... Entonces, tú, hijo, hermano, sobrino o amigo, eres un hombre.

Pero, sobre todo, haz un credo con la frase de Kipling que tu padre te recordó un día: "al triunfo como al fracaso, trátalos como a dos impostores", que son un simple espejismo. No pretendas emular a los ángeles ni te hundas en el infierno, solo eres humano, pero uno muy querido y grande para tus padres y hermanos.



Miguel de Cervantes Saavedra

Novelista, poeta y dramaturgo español. Se cree que nació el 29 de septiembre de 1547 en Alcalá de Henares y murió el 22 de abril de 1616 en Madrid, pero fue enterrado el 23 de abril y popularmente se conoce esta fecha como la de su muerte. Es considerado la máxima figura de la literatura española. Es universalmente conocido, sobre todo por haber escrito El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que muchos críticos han descrito como la primera novela moderna y una de las mejores obras de la literatura universal. Se le ha dado el sobrenombre de Príncipe de los Ingenios.

Miguel de Cervantes nació en Alcalá de Henares en 1547. Fue el cuarto de los siete hijos de un modesto cirujano, Rodrigo de Cervantes, y de Leonor Cortinas. A los dieciocho años tuvo que huir a Italia porque había herido a un hombre; allí entró al servicio del cardenal Acquaviva. Poco después se alistó como soldado y participó heroicamente en la batalla de Lepanto, en 1571; donde fue herido en el pecho y en la mano izquierda, que le quedó anquilosada. Cervantes siempre se mostró orgulloso de haber participado en la batalla de Lepanto. Continuó unos años como soldado y, en 1575, cuando regresaba a la península junto a su hermano Rodrigo, fueron apresados y llevados cautivos a Argel. Cinco años estuvo prisionero, hasta que en 1580 pudo ser liberado gracias al rescate que aportó su familia y los padres trinitarios. Durante su cautiverio, Cervantes intentó fugarse varias veces, pero nunca lo logró. Cuando en 1580 volvió a la Península tres doce años de ausencia, intentó varios trabajos y solicitó un empleo en <<las Indias>>, que no le fue concedido. Fue una etapa dura para Cervantes, que empezaba a escribir en aquellos años. En 1584 se casó y, entre 1587 y 1600, residió en Sevilla ejerciendo un ingrató y humilde oficio -comisario de abastecimientos-, que le obligaba a recorrer Andalucía requiriendo alimentos para las expediciones que preparaba Felipe II. La estancia en Sevilla parece ser fundamental en la biografía cervantina, pues tanto los viajes como la cárcel le permitieron conocer todo tipo de gentes que aparecerán como personajes en su obra. Cervantes se trasladó a Valladolid en 1604, en busca de mecenas en el entorno de la corte, pues tenía dificultades económicas. Cuando en 1605 publicó la primera parte del Quijote, alcanzó un gran éxito, lo que le permitió publicar en pocos años lo que había ido escribiendo. Sin embargo, a pesar del éxito del Quijote, Cervantes siempre vivió con estrecheces, buscando la protección de algún mecenas entre los nobles, lo que consiguió sólo parcialmente del conde de Lemos, a quien dedicó su última obra, Los trabajos de Persiles y Sigismunda.

ad pédem literae
La historia se repite. Ese es uno de los errores de la historia.

Charles Darwin

Letras de buen humor

Hay dos maneras de conseguir la felicidad, una hacerse el idiota; otra serlo.

Enrique Jardiel Poncela

Mónica Lavín

Que no quede huella

La montaña de encaje blanco en el cielo poniente de la Ciudad de México se volvió costumbre del paisaje. Algunos la vimos nacer. Era 1964. Cuando tuvimos la edad, hicimos fila, animados por el resto del grupo, para experimentar por primera vez La montaña rusa. Era la Feria de Chapultepec, pero la Feria de Chapultepec era La montaña rusa. Todo lo demás resultaba secundario: El ratón loco, El martillo, La casa de los sustos, (que daba el pretexto para acercarte al chico que te gustaba). Pero La montaña rusa imponía. Antes de animarte a trepar en aquel convoy que subía lentamente acompañado de ruido de polea que anunciaba que, una vez llegado a la cima, no habría manera de detener aquella bajada a toda velocidad para volver a subir y otra vez bajar, la mirabas. Aquella estructura de listones de madera, parecida a las maquetas que hacíamos con palillos, vibraba como un instrumento musical, como un animal prehistórico vivo y comparsa de nuestra diversión chilanga. Pero había que subirse, y cobijarse con el temor o la temeridad de los demás. Algunos querían sentarse al frente; ser los primeros en enfrentar aquel descenso de trompición que te dejaba sin aire y con el estómago en la garganta. Qué miedo la primera vez porque no sabías qué se sen-

tía y tampoco te podías poner a llorar a los 13 años frente a tus amigos. Habías leído que no se permitía el acceso a personas con problemas cardíacos. Eso desbocaba tu propio corazón. Después de que descendían, con el pelo alborotado y mucha alegría o medio pálidos, los que te antecedieron en la fila, el carrito se movía hacia donde esperabas. Ni modo de echarte para atrás. Era una aventura colectiva. Ya teníamos la edad y la estatura para que nos dejaran subir. Las manos sudaban mientras te aferrabas al tubo del cual te detenías.

El ruido del ascenso es de matraca, de cadena de bicicleta atorada; es el esfuerzo porque el tren se eleve hasta el punto más alto. Has caminado por debajo de ella para recorrer la feria, la has divisado desde el Periférico, pero ahora estás en ella: todo muy nuevo como tu cuerpo de adolescente, tus hormonas, el atuendo que elegiste: los pantalones acampanados, la blusita amarrada arriba del ombligo y el pelo largo lacio. Una vez que el carro no puede subir más, el de adelante jala al resto pendiente abajo y el aliento se te va, y luego sube otra vez un promontorio menor y ya vas recuperando la respiración en un trecho plano cuando de nuevo la subida y el declive y una larga pendiente hasta el final del viaje.



Los más valientes se vuelven a formar de inmediato. Tú necesitas recuperar el aire, pero te ha gustado esa aventura de lo incierto, esa velocidad, ese estar a merced de un cacharro mecánico desde donde dominas el poniente de tu ciudad.

Después de vivirla por dentro, La montaña rusa permanece como un referente; un recordatorio de que has crecido en el DF y cada vez que pasas a un costado de su silueta te sigue narrando el estreno de la adolescencia. Aunque la ciudad envejece y tú también, nunca pensaste que aquella falsa montaña, oro-

grafía del contento, podría desdibujarse y dejar un boquete en el horizonte y en la memoria de tus años felices. Menos mal que el pintor Boris Viskin la dejó plasmada en un óleo como un emblema solitario de una ciudad que no ha reconocido sus mojoneras sesenteras. ¿No debiera ser La montaña rusa un patrimonio indestructible, un emblema chilango con El ángel de la Independencia? Somos demasiado solemnes. Tomen fotos. No quedará huella de la montaña de encaje ni el eco de nuestros pasos jóvenes en la ciudad.